

Antón Costas

Cambiar las reglas, no romperlas

De vez en cuando, las sociedades se ven animadas por un deseo irrefrenable de cambiar el orden político existente. Esos momentos acostumbra a coincidir con grandes crisis económicas. En estas ocasiones se pone a prueba la habilidad de un país para reconsiderar decisiones pasadas y afrontar el futuro. Sin duda, estamos viviendo uno de esos momentos históricos.

Mañana, en las calles de Barcelona, veremos una expresión de ese deseo de cambiar radicalmente el orden existente y comenzar desde cero la construcción de un nuevo sistema político para Catalunya.

Este radicalismo no es la única forma de expresión del deseo de cambio existente en la sociedad. Según las encuestas, un porcentaje mayoritario de ciudadanos quieren ser "consultados" y son partidarios del moderantismo: de un cambio que, partiendo de lo existente, sea capaz de mejorarlo.

Frente a los partidarios del cambio, ya sea radical o moderado, están aquellos que desean dejar las cosas como están. No sólo por un reflejo inmovilista de defensa del statu quo, sino por un análisis de los costes y beneficios de abrir el melón de la reforma.

En principio, no debería asustarnos este debate. Es saludable para la democracia.

El riesgo está en el uso de retóricas intransigentes y argumentos de superioridad moral por unos y otros. Retóricas utilizadas con la intención de descalificar las posiciones del otro, y además de excluirle de la vida política y social. Estas actitudes son las que empujan el debate hacia posturas extremas.

La cuestión es cómo, aceptando su conveniencia, somos capaces de sacar el debate de las posturas extremas e intransigentes y empujarlo hacia un terreno más amistoso con la democracia.

Para poder lograrlo, se tiene que apoyar en cuatro principios: ciudadanía activa, pluralismo, reglas de funcionamiento y vigilantes de esas reglas.

A. COSTAS, catedrático de Economía de la Universitat de Barcelona

Ciudadanía activa significa no sólo ciudadanos involucrados en la vida pública, sino, fundamentalmente, ciudadanos que ponen la lealtad a los procesos democráticos por encima de la lealtad a su propio bando político.

Pluralismo implica el reconocimiento y la aceptación de la existencia de otros actores con preferencias políticas diferen-



MESEGUER

tes y la renuncia a utilizar el proceso político para expulsarlos de la vida política.

Reglas de funcionamiento socialmente aceptadas. La democracia no requiere que todos estemos de acuerdo en unos valores básicos comunes, sino que respetemos las reglas que democráticamente se han acordado para ordenar la vida colectiva, incluyendo la propia modificación de esas reglas.

Vigilantes de las reglas. Es esencial para la democracia la existencia de instituciones neutrales cuya función sea defender e interpretar esas reglas en casos de disputa política. En nuestro caso, el Tribunal Constitucional.

La sociedad catalana es activa, pluralista y mayoritariamente respetuosa. El ries-

go está en la tentación que existe en la vida política de romper las reglas y deslegitimar a sus vigilantes. Este riesgo viene en buena parte de lo que Gustave Flaubert llamó *la rage de vouloir conclure*, la rabia por acabar de una vez por todas con lo existente y hacer tábula rasa, comenzar de cero. Consideraba que esta era "una de las más funestas y estériles manías" que en ocasiones invade la vida política.

Es esta rabia la que obliga a los partidarios del cambio radical a admitir que, al menos durante una fase de transición, habrá que sacrificar algún beneficio presente (por ejemplo, la pertenencia a la Unión Europea y al euro) por una ventaja futura.

Pero hay que ir con cuidado con este argumento. Sobre sus consecuencias han advertido pensadores políticos de la talla de Edmund Burke, para quien la política debe orientarse al bienestar actual y no a un hipotético beneficio futuro. O economistas como John M. Keynes, para quien no es suficiente que el estado de las cosas que se desea promover sea mejor que el precedente, sino que debe ser suficientemente mejor como para compensar el mal de la transición. O la filósofa política Hannah Arendt, para quien el objetivo de la política debe ser la convivencia y no la fabricación artificial de la historia.

La única manera de evitar estos riesgos es el respeto a las reglas de funcionamiento de la democracia.

Curiosamente, a quien más interesa respetar las reglas es a los partidarios del cambio radical. Quebrantarlas acabaría legitimando a los reaccionarios para romperlas a su vez, pero no sólo con el objetivo de reinstaurar el orden preexistente, sino de retroceder sobre lo ya logrado en estas tres últimas décadas de democracia.

Se trata de cambiar las reglas, no de romperlas. A los partidarios del cambio en Catalunya les cabe el mérito de haber abierto el debate de la reforma política. Ahora toca empujarlo hacia un terreno más amable con la democracia y sus reglas. De esa forma, será posible también aumentar sus partidarios en el conjunto de España, tal como vienen reflejando las encuestas de opinión.●

Pilar Rahola



Precaria unidad

El impacto más sonoro de estas masivas Diadas es, aparte del ejemplar civismo, la imagen de unidad. Es ciertamente inusual que centenares de miles de personas se aglutinen en torno a una voluntad. Nadie podrá decir que va a la manifestación sin saber a qué va, porque las cartas están sobre la mesa. Es verdad que siempre hay quien aprovecha para vender el producto, convencido de que nunca tendrá un spot publicitario de tanta importancia. El año pasado tuvimos el show de IC y sor Citroën rodeando La Caixa, y ahora es la Colau quien quiere montar un numerito delante del Deutsche Bank. Pero, más allá de estos aprovechamientos de poco vuelo, el hecho es que vivimos unas Diadas de masas con una unidad ciudadana insólita y extraordinaria. Es decir, en la calle se exhibe una valiosa unidad de todas las pieles del soberanismo. La pregunta es si esta unidad se mantiene en los referentes políticos de esas múltiples pieles.

Y..., no. Aunque aún estamos en el tránsito del once del nueve al nueve del once, los síntomas de fractura en el bloque del 9-N empiezan a notarse.

¿Está pasando? ¿Vivimos una unidad ficticia que estallará en el momento en que todo se ponga difícil?

Es decir, la foto de una transversalidad que iba desde los democristianos de Unió hasta los jóvenes de la CUP, pasando por IC, ERC y CDC, fue la culminación de una fina negociación política, con resultado estelar. Sin embargo, al mismo tiempo, es posible que fuera más virtual que real, tal vez empujados por la fuerza de la calle, y que aquel momento mágico tuviera fecha de caducidad. Si fuera así, estaríamos ante una situación trágica porque querría decir que la madurez ciudadana no queda reflejada en la madurez política. O peor, que la mezquindad partidista estaría por encima de los intereses nacionales, lo cual no sería tan extraño, vistos los errores históricos que acumulamos. ¿Está pasando? ¿Vivimos una unidad ficticia que estallará cuando todo se ponga difícil? Los indicios no son buenos, vistas las declaraciones cruzadas, y parece que lejos de tener una estrategia común, si el 9-N se complica, cada uno va a la suya, mirando hacia su propio horizonte electoral. A estas alturas, tan cerca de la consulta, todavía no hemos oído ni una sola estrategia común si esta no se pudiera hacer, y los partidos van haciendo bandadas, unos queriendo poner urnas en la calle, otros declarándose en estado de insumisión, otros avanzando hacia plebiscitarias, e incluso los hay que no saben ni qué quieren.

¿Dónde está la unidad? ¿Dónde, la necesaria estrategia común? Es posible que todo esto no haya pasado todavía, pero que el sentido de la responsabilidad de los diversos partidos, lo haga posible y se unifiquen los criterios de reacción, si la cosa va mal. Pero, conociendo el país, también es posible que no pase.

De manera que tenemos que empezar a reñir a quien corresponda, porque sería patético que los ciudadanos estuvieran unidos y los partidos no estuvieran a la altura.●

Norbert Bilbeny

Postal universitaria

Por el cielo de Chicago cruzan muchos aviones. También por los campus universitarios cruzan muchos grupos de estudiantes que, con sus familias, toman nota de cada centro para decidirse por alguno. Tan importante en EE.UU. es la elección universitaria. Hasta sale en las películas.

Aquí, en la Northwestern, ya ha empezado el curso. Es una universidad privada, como casi todas las mejores en Norteamérica. Privada, luego cara: por los cincuenta mil dólares el curso, más el mantenimiento. Los estudiantes o son ricos o tienen beca. Y, sobre todo, son los clientes. No hay vicerrectorado de profesorado, pero sí dos de alumnado. Los alumnos hasta hacen subir los precios de las tiendas cercanas. La universidad les tiene reservados una fabulosa biblioteca, restaurantes, gimnasio, piscina,

campo de golf, autobuses, centro médico, teatro, sala de conciertos e incluso una playa privada.

Morton Schapiro preside esta institución. En su mansión, cuya reforma supuso más de diez millones, se celebran cenas sociales que cuestan cada una decenas de miles de dólares. Pero de ahí se obtienen contactos y compromisos económicos que compensan con creces. Es lo privado. Quien manda es el presidente, ayudado de su *provost* o jefe académico, y con él los distintos decanos. Pero quien dispone al final es quien paga: el Board of Trustees, con casi 80 altos cargos de las empresas. Es otro mundo, para quienes apostamos por la universidad pública, equitativa y democrática. La Universitatde Barcelona, con Dídac Ramírez al frente, es de este tipo, y además está ganando posiciones. Pero el avance se-

ría espectacular con más recursos.

¿Qué aprender de ello? Que hoy no hay calidad académica sin apoyo económico externo ni implicación de los miembros de la universidad. Este es nuestro reto: hacer compatible lo público con la aportación de la sociedad y las empresas. Y hacer que cada uno se sienta implicado en su institución. Es el mejor antídoto contra la endogamia y la evasión de responsabilidades.

Eso no es acabar con lo público, sino salvarlo. No hace falta cambiar la gobernanza universitaria. Sólo que los consejos sociales se profesionalicen de una vez y que la comunidad universitaria pueda trabajar segura y con alicientes. Es preciso equilibrar liderazgo y participación, eficacia organizativa y transparencia, formación académica y reflexión y espíritu creativo. Y de esta también saldremos.●